



DON JOSE MARIA LICEAGA.

Figuró mucho durante la guerra de Independencia, su nombre es muy conocido, y sin embargo, la generalidad ignora la mayor parte de sus hechos y hasta ha llegado á confundírsele con otra persona de su familia que llevaba su mismo nombre y apellido.

Pertenecía á una antigua y distinguida familia de la provincia de Guanajuato, perfectamente relacionada, y poseía varias propiedades en esa ciudad y una finca de campo llamada Hacienda de la Laja, entre los pueblos de Silao y de León. Se dedicó á la carrera de las armas y empezó por ser cadete del Regimiento de Dragones de México, cuando estalló la revolución de Dolores; se encontraba Licéaga en su ciudad natal cuando Hidalgo la tomó, y la amistad que existía entre el anciano Párroco y la familia del cadete, hizo que uno y otro se viesen en aquellos días y que el segundo se decidiese á abrazar la causa de la Independencia con el grado de Capitán, que le concedió el Generalísimo. Refiere Alamán que habiendo hecho presente Licéaga á Hidalgo que en la ciudad no había galones para que se le hiciesen las charreteras correspondientes al grado que acababa de recibir, éste obvió la dificultad, ascendiéndolo á Teniente Coronel, por ser más fácil de encontrar los galones correspondientes á este grado. Es dudoso, por lo menos, que esto sea cierto, aunque hay que confesar que los

primeros jefes fueron muy pródigos en conceder grados.

Desde ese día siguió á los primeros jefes; y se cree que estuvo en las acciones de las Cruces y de Aculco, retirándose después de ésta á Guanajuato, de donde tuvo que salir cuando Calleja atacó aquella plaza, pasó á Zacatecas y Guadalajara con Allende, y se halló presente en el puente de Calderón; su calidad de subalterno no permitía que se hiciese mención de él; sin embargo, la confianza que en él llegaron á adquirir los primeros jefes, se demuestra con el hecho de que en el Saltillo fué declarado adjunto de Rayón en el mando del ejército cuando se decidió que éste siguiese la revolución en el interior. Durante la retirada hasta Zacatecas, se limitó á ir á las órdenes de aquel jefe, y al atacar esa ciudad fué rechazado con la partida que estaba á sus órdenes, y poco faltó para que murieran Licéaga y Don Francisco Rayón.

Firmó, en unión de Rayón, el manifiesto que enviaron á Calleja por conducto del P. Gotor y de Don José María Rayón, haciéndole saber su misión y los fines de la revolución, manifiesto que no fué contestado. La acción del Maguey, perdida por los insurgentes, no separó á los dos jefes, que se dirigieron á Michoacán, donde ya abundaban las partidas de independientes, con el objeto de ser reconocidos como superiores de ellos. Licéaga concurrió al ataque de Valladolid de 2 de Junio de 1811, y siguiendo en pos de Rayón, que lo había dominado, anduvo por Tuzantla y el Sur de la provincia, hasta que ambos fueron á dar á Zitácuaro, donde se ocuparon en organizar la famosa Junta. Rayón se reservó el cargo de Presidente de ella y dejó los de Vocales para Don José María Licéaga y el Dr. Don Sixto Verduzco; empezó inmediatamente á funcionar aquella Corporación, y permaneció en la villa hasta que Calleja la atacó el 2 de Enero de 1812. Durante ese tiempo, Licéaga no se ocupó de combatir, y más bien lo que hizo fué unirse sólidamente con Verduzco y empezar ambos á hostilizar á Rayón por haberse declarado Presidente perpetuo; en cambio, éste pro-

curaba que sobre ellos recayese la responsabilidad de las medidas odiosas que se dictaban, como sucedió con los fusilamientos de Don Tomás Ortiz, de Céspedes y de otros que aunque ordenados por Rayón fueron autorizados con la firma de Licéaga.

Después de la toma de Zitácuaro, la Junta se refugió en Tlalchapa y Sultepec, pero habiendo sido derrotado Rayón en Tenango, y no siendo posible que los miembros de ella caminasen unidos, se resolvió su separación, yéndose Licéaga para Guanajuato, con el título de General de las provincias del Norte; Verduzco quedó con el de General de las del Poniente en Michoacán, y Rayón permaneció en Tlalpujahua con objeto de pasar á la provincia de México. Antes, sin embargo, de separarse, contrajo una nueva responsabilidad Licéaga, pues le tocó autorizar el fusilamiento de treinta y dos españoles que la Junta tenía presos, y aunque de momento se suspendió la ejecución, al fin se llevó á cabo en el camino. Los tres Vocales se separaron bastante descontentos unos de otros, y haciéndose mutuos cargos; Licéaga, por caminos extraviados, llegó á la provincia de Guanajuato, visitó su hacienda de La Laja y procuró hacerse reconocer por todos los jefes independientes que había en ella, lo que le costó algún trabajo, pues varios se negaban á reconocer cualquiera autoridad como sucedía con Albino García. Poco éxito tuvo en sus gestiones y, además, la fortuna se le mostró esquiva muchas veces; Iturbide lo derrotó en el valle de Santiago y García Conde lo persiguió con tenacidad, hasta que se vió obligado á refugiarse en unas pequeñas islas del lago de Yuriria, las que desde entonces se llamaron Islas Licéaga. Son dos pequeños islotes cercanos que Licéaga unió con una calzada de tres varas de ancho, y á los que rodeó de una cerca de piedra de dos varas de alto con foso y estacada de espinos, proveyéndola de artillería.

Licéaga la creía inexpugnable é Iturbide, contra la opinión de García Conde, que quería bloquear la fortaleza, decidió atacarla,

empezando por limpiar de insurgentes las márgenes de la laguna, operación que principió el 9 de Septiembre; una vez terminada, estableció su campamento en Santiaguillo, punto el más inmediato á la isla, y resolvió atacarla durante la noche del 31 de Octubre. Dividió su tropa en cuatro columnas, armó con cañones varias cuevas y emprendió el ataque, que fué corto, pues los insurgentes, desalentados con el incendio de un depósito de pólvora, no hicieron gran resistencia. Ni uno solo de los 200 defensores de la isla escapó, pues los que no perecieron en el asalto murieron ahogados, y los jefes fueron fusilados en Irapuato á los pocos días. Licéaga se salvó porque con anterioridad había abandonado el punto, encargando del mando de él al padre Don José Mariano Ramírez, que tenía el grado de Coronel, y que fué fusilado. Licéaga, después de permanecer unos días en Dolores con su segundo, el Dr. Cos, se unió á Rubí y á otros jefes, y en su compañía intentó el ataque de Celaya (12 de Enero de 1813), aprovechando la oportunidad de que tenía escasa guarnición; no pudieron apoderarse de la ciudad los insurgentes, pero permanecieron varios días á la vista de ella, y tal vez la hubieran tomado, á no haberla socorrido prontamente los realistas á las órdenes de Don Manuel Gómez Pedraza; Licéaga se vengó destruyendo las cosechas de las haciendas inmediatas.

No pudiendo ya sostenerse en Guanajuato, pasó á la provincia de Michoacán, dirigiéndose á Urecho, donde se encontró con Verduzco; los dos Vocales, después de discutir largamente, resolvieron declarar que ellos formaban la mayoría de la Junta, citaron á Rayón para que dentro del tercero día se presentase á contestar los cargos que se le hacían por haber usurpado la presidencia de la Junta y por haber invadido á Michoacán, asignado á Verduzco, etc., acausando por declararlo traidor si no obedecía. Rayón contestó con hechos enviando contra los Vocales al Lic. Francisco Solórzano, en vez de presentarse en la hacienda de la Parota, para donde estaba emplazado, pero los Vocales lo derrotaron en Santi

Efigenia y Rayón no tuvo más remedio que avisar á Morelos lo ocurrido, procurar que los jefes insurgentes no sigulesen el partido de los Vocales y nombrar Comandante de la provincia á Muñiz en lugar de Verduzco. Algunos insurgentes, como los Villagrán, siguieron el partido de éste y de Licéaga; otros el de Rayón, y la anarquía se entronizó en el campo independiente. (Abril de 1813).

Licéaga regresó á la provincia de Guanajuato, permaneciendo con corta fuerza en las cercanías del Jaral y de Salvatierra, en tanto que Verduzco sufría nuevas derrotas y que Cos trataba de avenir á los miembros de la Junta, á lo que los dos citados estaban dispuestos, ofreciendo hasta renunciar sus cargos. Queriendo aprovechar tan buena disposición Don Ramón Rayón, habló con su hermano para ir á tratar con Licéaga, y habiendo accedido Don Ignacio, el mencionado se dirigió á Salvatierra con cuatrocientos hombres, pero el Vocal, desconfiado, creyendo que Don Ramón iba á combatirlo, se aprestó á la defensa; Cos, por su parte, se ofreció como medianero, pero no consiguió ser oído. El resultado fué que sabedor Iturbide del movimiento de Don Ramón Rayón, decidió atacarlo, como lo hizo, en el puente de aquella población, y aunque el insurgente se defendió durante seis horas y con el concurso de Licéaga, que estaba inmediato, pudo haber derrotado al realista, él fué el que sufrió una gloriosa derrota y tuvo que retirarse con un puñado de soldados.

De este incidente se valió Don Ignacio Rayón para pasar circulares á todos los independientes diciéndoles que Licéaga y Verduzco estaban ya indultados y relevándolos de la obediencia; "ya estáis exentos de toda obligación hacia ellos, les decía, quienes suspensos, no deben ejercer ya el alto ministerio." Al mismo tiempo, comisionó al Brigadier Cajigas para que aprehendiese á Licéaga, como lo verificó, llevándolo á la hacienda de Puruarán, donde los dos delegados de Hidalgo tuvieron al fin una conferencia que el segundo rehusó

por espacio de muchos días; en ella quedaron reconciliados al parecer, y al cabo de algunos días Licéaga quedó libre y se retiró á la hacienda de La Laja, aunque sin mando alguno. En realidad, éste debió su libertad no á la generosidad de Rayón, sino á las apremiantes órdenes de Morelos, que quería evitar el fusilamiento del delegado de Hidalgo y que necesitaba tenerlo en Chilpancingo para que formara parte del Congreso como representante de la provincia de Guanajuato. Licéaga, después de descansar algunos meses en su hacienda, se dirigió á aquella ciudad en Septiembre de 1813, y fué uno de los que subscribieron la declaración de Independencia hecha por el Congreso; continuó formando parte de él y en Febrero de 1814 fué Presidente; en 22 de Octubre subscribió la Constitución, á cuya aprobación había asistido con toda regularidad.

Cuando aquella Corporación empezó á peregrinar, de resultas de las continuas persecuciones de los realistas Licéaga la acompañó á Apatzingan, á Uruápan y á Arrio, pero allí ya no fué posible seguir unidos y cada Diputado tomó el camino que mejor le pareció; Licéaga se retiró por veredas extraviadas rumbo á Guanajuato, y se alojó en su hacienda de La Laja, donde vivía verdaderamente escondido, pues los realistas lo perseguían; huyendo á cada momento al monte pasó bastantes meses, hasta que llegó Mina al cual se unió auxiliándolo en lo que pudo y acompañándolo en muchas ocasiones. Trató de disuadirlo la noche que este caudillo durmió en el rancho del Venadito, de que se fuesen á otra parte, pues aquel sitio no ofrecía seguridad, dada la proximidad de los realistas, pero Mina no hizo aprecio de estas observaciones y se entregó al descanso, del que tenía gran necesidad; Licéaga permaneció en el rancho por amor propio, pero como medida precautoria no permitió que su caballo fuese desensillado, medida que lo salvó, pues cuando en la madrugada del 27 de Octubre de 1817 se presentó Orrantía, pudo huir fácilmente; Mina y Ortiz, que no tuvieron esas precauciones cayeron, el prime-

ro prisionero y el segundo muerto, defendiéndose.

Licéaga volvió á su hacienda de La Laja, evitando con diligencia y precauciones caer en manos de los realistas, que en realidad ya no lo perseguían activamente, sabiendo que no cometía ya acto de hostilidad alguna contra ellos, pero no por eso podía considerarse seguro. A fines del año de 1818, "andando un día á caballo por el campo, se encontró con Juan Ríos, conocido por ladrón, el cual lo intimó para que lo siguiese: no pudo resistirlo Licéaga por traer consigo Ríos algunos hombres armados, pero en la primera ocasión que le pareció oportuna, dió varios espelazos á su caballo y quiso ponerse en salvo: Ríos entonces mandó hacer fuego sobre él y cayó atravesado de una bala. Túvose entendido que Ríos procedió á cometer este asesinato por orden de Borja (un cabecilla insurgente), quien pocos días antes había pedido mil pesos á Licéaga, que se los había franqueado. La esposa de éste fué llevada presa algún tiempo después á Silao por el Comandante realista Don Pedro Ruiz de Otaño, y su hacienda confiscada."

A Licéaga se le ha hecho poca justicia y siempre se le ha considerado como un insurgente de poca importancia, no obstante el grado que tuvo y los altos puestos que desempeñó; su carácter poco afecto á tenebrificativa, ha contribuido á esa indiferencia con que se le vé, pues se considera que al principio se dejó influenciar directamente por Rayón y después por Verduzco; cuando uno y otro le faltaron, abandonó la lucha y sin querer indultarse vivió en la obscuridad. Hay que confesar que esos cargos son ciertos en gran parte, pero no obstante ellos, la circunstancia de haber tomado parte en la lucha por pura simpatía y no por buscar medro, y los cargos que desempeñó ya en lo militar, ya como miembro de la Junta de Zitácuaro y del Congreso, de Chilpancingo, así como su constancia por la causa de la Independencia lo hacen acreedor á que su nombre sea recordado con agradecimiento. El mismo se conocía

inepto para ser cabeza de la revolución, y por eso se unía con quien creía superior á él en luces, talento y conocimientos; si se equivocó respecto de Rayón y de Verduzco, y fué desgraciado cuando se puso á las órdenes de Mina, no fué suya la culpa.
